

CAPÍTULO QUINTO

LA INFLUENCIA DE LOS ANALISTAS EN LA CONCEPCIÓN Y DESARROLLO DE LA DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS

LA INFLUENCIA DE LOS ANALISTAS EN LA CONCEPCIÓN Y DESARROLLO DE LA DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA

En los Estados Unidos, el estudio de la situación estratégica no es un campo privado de las entidades oficiales. Los denominados analistas de defensa o, expresado de otra manera, expertos que intervienen en televisión, escriben en prensa periódica, en revistas especializadas o publican libros, tienen una gran influencia en la configuración del pensamiento estratégico americano y algunos de ellos llegan a ocupar puestos en la administración.

Proceden, principalmente, del mundo académico, del periodístico o del militar, y su actuación se ha venido identificando con algún tipo de "lobby", consecuencia, principalmente, de las prácticas desarrolladas durante el periodo de equilibrio estratégico que supuso la Guerra Fría. Una de las más conocidas de estas tendencias es la conocida como "complejo militar, industrial y del congreso", que ha continuado ejerciendo su influencia en el periodo de brusco cambio posterior a la desaparición del enfrentamiento bipolar, cuya pretendida finalidad sería el mantenimiento de unos altos niveles en los presupuestos de Defensa.

Como no podía ser de otra manera, las profundas transformaciones en el ambiente estratégico que han tenido lugar en los años finales del siglo XX no se han sustraído al análisis de los expertos. Los cambios sociales, políticos, tecnológicos, medioambientales y morales, han sido, con mayor o menor fortuna, objeto de su estudio. Han buscado referencias, han diseñado modelos y han efectuado predicciones. Algunas de ellas se emplean como marco de actuación en una situación, como la actual, fluida e impre-

decible, que con el gráfico nombre de "*la anarquía que viene*" (1), y que ya está aquí, Robert D. Kaplan se había atrevido a predecir a principios de la última década del siglo XX.

Pretender la exposición de las teorías que se han formulado, durante los postreros años del siglo pasado, sobre lo que viene sería tarea imposible, pero puede servirnos la obra de tres autores para ilustrar una de las aproximaciones más certeras a la situación que, de forma implacable, se está desplegando delante de nuestra vista, aunque se trate, evidentemente, de un enfoque exclusivamente norteamericano y que, en cierto modo informa la política que siguen los Estados Unidos después del 11-S. En primer lugar, analizando a Ralph Peters podremos aproximarnos a los rasgos que definen la nueva situación; William Lind nos presentará la influencia que esa situación tiene en la forma de hacer la guerra, lo que identifica con una cuarta generación de su desarrollo histórico; para que, finalmente, Robert D. Kaplan fije las referencias para la práctica de una política exterior que permita hacer frente a la situación.

RALPH PETERS: EL FEDATARIO DEL CAMBIO

Ralph Peters es Teniente Coronel retirado del Ejército de los Estados Unidos, uno de tantos oficiales que ingresaron en la institución cuando estaba convulsionada por la tragedia vietnamita y cuya situación los marcó indeleblemente.

Las vicisitudes de la carrera de Peters, le permitieron ser testigo directo de los síntomas del enorme cambio histórico que está teniendo lugar desde los últimos años del siglo XX. Como él mismo indica, sirvió en Europa durante los momentos finales de la Guerra Fría y, a la caída del Imperio Soviético, tuvo la oportunidad de presenciar las convulsiones de las diversas partes de su moribundo cuerpo; fue testigo de los problemas de la región andina, Sudeste Asiático, Oriente Medio y península indostánica. Ha escrito varios libros novelando la realidad o el futuro, pero su obra más fecunda, con un inequívoco enfoque militar y sociológico, está recogida en ensayos publicados en revistas especializadas, principalmente en *Parameters* y *Strategic Review*. En 1999 edita un libro, aún no publicado en España, *Fighting for the future. Will America Triumph?* (2), donde recopila sus ensayos más exitosos.

(1) KAPLAN, ROBERT D. "*The Coming Anarchy*". The Atlantic Monthly, febrero 1994.

(2) PETERS, RALPH. "*Fighting for the Future*". Stackpole Books. Mechanicsburg PA. USA. Pag. XIII.

Peters cree que vivimos uno de las épocas más inestables y de mayor confusión espiritual en la historia, una situación que intentamos cambiar pero sin entender lo que está pasando, dado que las referencias que nos eran válidas hasta ahora, han dejado de tener significado. Asegura que las tradicionales fronteras entre lo militar, económico, civil y cultural han desaparecido, y hay que fijar nuevas pautas que sirvan para afrontar el futuro, al que contempla como una continuación de las constantes que permanecen en el devenir de la humanidad, que se debate “entre el Sermón de la Montaña y la historia de Caín y Abel” (3).

En su análisis de las causas del conflicto, en el futuro próximo, Peters incluye el fallo de la organización estatal en muchas partes del globo, la superpoblación, la expansión de las enfermedades y la escasez de recursos. En eso coincide con las predicciones de Kaplan, pero apunta otras causas sociales más dinámicas como la polarización de la riqueza, tras el fin de un proceso de igualación que ha durado una centuria, agravado por lo que denomina el “hueco” entre la premodernidad y la posmodernidad y que mide en términos de conocimientos tecnológicos, que derivan en la capacidad, o incapacidad, para desempeñar puestos de trabajo en sectores económicamente competitivos, y para lo que se necesita lo que denomina “alfabetización trascendente” (4), que consiste en la habilidad para leer, escribir, pensar en abstracto y tratar la información electrónicamente. Y esa circunstancia marcará la división social en virtud de la riqueza.

Los rasgos pre y posmodernos dividirán a la sociedad y esa circunstancia marcará *la Cultura del Futuro Conflicto*, que desarrolla en un ensayo con ese título (5). El enfrentamiento del futuro lo concibe entre los “premodernos” o fracasados y los “posmodernos” o aquellos que han tenido éxito. Las grandes guerras entre estados, como las del siglo XX dejarán paso a otras entre coaliciones de estados, con un alto grado de bienestar material, y poblaciones premodernas en amplias zonas del mundo con estados “fracasados”, aquellos que han sido incapaces de sobrevivir al fracaso de su propia acción política y, esta circunstancia, nos aboca a una situación que denomina de “constante conflicto”, que no es ni más ni menos que de conflicto armado crónico. Este fracaso de los estados dará paso al ejercicio del poder por los actores no estatales que adoptarán diversas formas, desde la tribu a redes criminales.

(3) PETERS, RALPH. “*La Cultura del Futuro Conflicto*”. Pag. 5.

(4) Ibid. “*La Cultura del Futuro Conflicto*”. Pag.1.

(5) Ibid. “*Conflicto Constante*”. Pag 133

Aunque la naturaleza humana permanece inalterable, los avances tecnológicos, sobre todo en la información, a la que Peters califica “nuestro principal instrumento y a la vez el elemento más desestabilizador de nuestro tiempo” (6), introducen un factor de relación con unas posibilidades hasta ahora no conocidas. “El gran impacto de la edad de la información es que hace tomar conciencia a las masas de su falta de adecuación a los tiempos” (7) y esa inadecuación produce la frustración suficiente para generar conflicto. Independientemente del sistema político que se imponga, la democracia, a la que define como “esa hábil forma liberal de imperialismo” (8), u otro de signo contrario, una de las raíces del futuro conflicto se establecerá entre los “maestros de la información y las víctimas de la misma”.

No obstante, la tecnología, con toda su importancia, es sólo un “posibilitador” y lo que va a marcar su eficacia es la organización social que la emplea. Si la tecnología no apoya a la sociedad en la generación de poder y riqueza, así como en la mejoría del bienestar general, no tiene sentido (9).

El autor preconiza que “entramos en una época de estructuras de control social, reparto de la riqueza e, incluso, lealtades, de carácter multidimensionales e interconectadas. El declive del estado, si absoluto o relativo, se acelera ante el asalto del saber, a medida que nuevas estructuras de conocimiento superan la capacidad de los gobiernos tradicionales para procesar y responder a la información. La época moderna fue la de la eficiencia de la masa. La posmodernidad es la época de la ineficiencia en masa, en donde la grandeza iguala a la torpeza y a lo letárgico” (10). Con ello anuncia que en los enfrentamientos del futuro estarán, por una parte, aquellos unidos por vínculos de sangre, étnicos, y por otro los que hayan alcanzado cierto nivel de conocimiento.

Tras analizar las causas que dan lugar a lo que identifica como “sociedades no competitivas”, y teniendo siempre presente, en ellas, la corrupción generalizada, la ausencia del imperio de la ley y la intromisión del gobierno en todas las actividades sociales, Peters enuncia los siete “factores de fracaso” (11):

(6) Ibid. “*Nuestros Nuevos Antiguos Enemigos*”. Pag.179.

(7) Ibid. “*Conflicto Constante*”. Pag.134.

(8) Ibid. “*La Cultura del Futuro Conflicto*”. Pag.7.

(9) PETERS, RALPH. “*Beyond Terror*”. Stackpole Books. Mechanicsburg. PA USA.

(10) PETERS, RALPH. “*Fighting for the Future*”. Stackpole Books. Mechanicsburg PA. USA. Pág. 52.

(11) Ibid. “*Identificando los Perdedores: Siete Signos de Estados no Competitivos*”. Pág. 153.

- *La restricción al libre flujo de información.* Históricamente información ha representado poder. Las sociedades que temen y rechacen el conocimiento se verán condenadas “al fracaso, la pobreza y la angustia”. La gran lucha de clases en el siglo XXI será por el acceso a datos y se producirá en comunidades con regímenes totalitarios o religiosos.
- *La baja consideración de la mujer.* No se puede rechazar la capacidad y genio de la mitad de la población. Las poblaciones que integren a la mujer con igualdad de oportunidades llegarán a ser las más eficientes.
- *El clan o la “gran familia”, como la unidad básica de gobierno.* El hecho de que una “familia”, tomada en sentido extenso, ejerza, de forma permanente, tareas de gobierno, pertenece a un modelo social primitivo, con un origen esencialmente rural. En esta situación se ponen en práctica diferentes esquemas morales según se trate de aquellos a los que se está unido, o no, por vínculos de sangre. Normalmente esta situación consigue la prosperidad de la familia, o clan, pero no de la sociedad.
- *El dominio excluyente de una religión restrictiva.* Cuanto más dogmática y excluyente sea la manipulación de la religión para utilizarse como factor de dominación, será menos capaz de enfrentarse al reto que representa la edad de la información.
- *Baja valoración de la educación.* “La calidad de las universidades de un estado, naturalmente reflejan la riqueza, pero aún más importante, la eficiencia de una alta educación en una sociedad describe sus actitudes hacia el conocimiento, la investigación contra el dogma y la determinación de la normalidad social” (12). Las sociedades que rechazan la educación son perdedoras, y las culturas que no ven en ello un valor inherente, también lo son.
- *Bajo prestigio asignado al trabajo.* Las sociedades que no consideran el trabajo como un bagaje cultural son perdedoras. El trabajo debe ser contemplado como una responsabilidad personal y pública. De otra forma, se impondrá la corrupción. No valen las riquezas de un país, por sí solas, para generar riqueza. Es necesario el espíritu crítico y una buena organización política.

Peters admite el “choque de civilizaciones”, a la vez que constata que ello genera un alto nivel de positivo intercambio entre ellas. Afirma que

(109) Ibid. “Identificando los Perdedores: Siete Signos de Estados no Competitivos”. Pag.165.

Occidente teme las consecuencias de un enfrentamiento de esta clase, que ya está teniendo lugar, y que si evoluciona hacia una confrontación armada podría determinar la forma de conflicto que se vivirá en el siglo XXI. Habrá menos guerras en su sentido clásico, pero más violencia. La guerra entre estados quedará como un último recurso en algunas zonas del globo, apunta a Oriente Medio y Asia continental, pero la mayoría de los conflictos tendrán carácter asimétrico, es decir, uno de los actores será no-estatal. Es en esta asimetría donde el autor incide, dada la problemática novedad que el hecho representa para Occidente, ya que no estamos ni social, ni legal, ni anímicamente preparados para hacer frente al reto. Es difícil hacer frente a esas contingencias con códigos legales y de conducta concebidos para otra época.

Peters preconiza que la naturaleza civil de los conflictos, el choque intercultural y la inestabilidad consecuencia de la desaparición de estructuras políticas, representan unas implicaciones estratégicas militares evidentes, la más notoria la necesidad de proteger lejanos intereses apelando continuamente a operaciones expedicionarias. Pero también se derivarán cuestiones morales importantes que surgirán como consecuencia de tener que sopesar "intereses nacionales" con "intereses humanitarios".

Con ello, Peters plantea un dilema que, seguramente informará las decisiones de los políticos y militares en los próximos años y lo resume gráficamente en la frase: "En el pasado, el empleo del poder militar por los Estados Unidos significaba que la política había fracasado, hoy en día el empleo de las tropas es un sustituto de la política" (13). Las intervenciones militares en lugares como Somalia, Haití y Bosnia, le lleva a plantearse que la intervención militar por consideraciones humanitarias conduce a la reconsideración del concepto de victoria militar en "una época de conflictos y guerras no-ganables" (14). Preconiza la reconsideración de las tradicionales misiones militares cuando el interés nacional se vea amenazado por revueltas criminales o corrupción descontrolada. Esa "reconsideración" es "la intervención bajo ciertas condiciones", otra forma de denominar al interés nacional.

Es en este ambiente donde el autor identifica uno de los elementos que caracterizará el conflicto asimétrico del futuro, la aparición de "los guerreros" como elemento opuesto al disciplinado soldado de los estados occi-

(13) Ibid. "*La Cultura del Futuro Conflicto*". Pag. 15.

(14) Ibid. "*La nueva Clase de Guerreros*". Pag 32.

dentales. Describe a aquellos como “individuos primitivos, de lealtad cambiante, habituados a la violencia y sin respeto por el orden. Al contrario de los soldados, los guerreros no se comportarán por nuestras reglas, no respetarán tratados y no obedecerán ordenes que no les convengan” (15). Peters ve en la reaparición de los guerreros un regreso a la antigüedad. Es el renacimiento de una especie que había sido superada históricamente por la formación de los estados y los ejércitos profesionales. La causa de ello la encuentra en la recesión de la civilización en ciertas partes del mundo. Dado que la función principal de la civilización es refrenar los excesos humanos, la quiebra de los elementos fundamentales de su desarrollo, donde el estado juega un papel determinante, ha dado lugar a la aparición de estos grupos violentos que se han convertido en fuente de ejercicio del poder.

Una vez constatada la existencia de los “guerreros”, Peters busca el contexto social de donde surgen, y aprecia, en las diferencias culturales, la quiebra del equilibrio. En muchas partes del globo, la preponderancia material, económica y cultural de Occidente es rechazada a la vez que envidiada. Aquellos que no pueden acceder a la modernidad, tanto por falta de destreza como por temor a perder su identidad espiritual, se vuelven hacia el nacionalismo o el fundamentalismo religioso como medio de encontrar “certezas” en qué justificar sus conductas. La procedencia de los guerreros es diversa, desde los cientos de miles de jóvenes desempleados en el mundo en vías de desarrollo hasta delincuentes organizados y antiguos soldados procedentes de ejércitos desaparecidos.

Peters considera que el nacionalismo y el fundamentalismo no son elementos diferentes, son esencialmente idénticos, porque aunque la retórica o los signos externos puedan ser diferentes, no lo son los “impulsos causales. Su atracción psicológica para las masas es idéntica. Nacionalismo es, simplemente, fundamentalismo secular” (16). Ambos serán los principales impulsos motivadores de la actuación de los guerreros.

Para combatir a los “guerreros”, el autor se atreve a efectuar varias consideraciones. En primer lugar indica que se debe aislar el núcleo más fanático, separándolo primero de la población y, posteriormente, de aquellos combatientes que no estén totalmente comprometidos con la causa.

(15) Ibid. “*La Nueva Clase de Guerreros*”. Pag. 34.

(16) Ibid. “*Bloodism*”. Pag. 120.

Ese núcleo debe ser destruido militarmente, no se concibe la negociación para alcanzar cualquier alto el fuego. La destrucción o rendición es el único resultado del enfrentamiento. La lucha contra este tipo de enemigo requiere, a juicio de Peters, el diseño de una estrategia clara y definida, antes de desplegar un solo soldado, y ponerla en práctica decididamente hasta el final.

Las restricciones de tipo ético que configuran el empleo de los Ejércitos occidentales encajan perfectamente en un enfrentamiento con entidades similares, pero los potenciales adversarios, los "guerreros", ni conocerán ni admitirán esa ética. Actuarán en un contexto de absoluta falta de restricciones morales, sin el constreñimiento de leyes o tratados internacionales, y esa es una ventaja de enormes consecuencias prácticas y un enorme problema ético para las acciones necesarias para combatirlos. En el enfrentamiento con los "guerreros" oponemos "valores abstractos, ventajas prácticas y gobiernos civiles" a motivaciones religiosas y de odio fanático.

Es precisamente la incapacidad occidental para entender estos efectos lo que, a juicio del autor, le provoca un "sentimiento de culpa" exento de realismo, pero constituye el "tributo psicológico" que hay que pagar por nuestro legado moral judeo-cristiano. La manera en la que se percibe esa realidad en Occidente es la que deforma la naturaleza del análisis y el vehículo principal para captar esa realidad son los medios de comunicación que transforman las imágenes de violencia en simples datos para formar opinión, pero que se va petrificando pues "nada que pueda ser conocido sin ser sentido es resistible".

Ese comportamiento, a su vez, está basado en el orgullo, pues creemos que los demás deben adoptar nuestros hábitos de conducta, porque son los correctos, sin dejar de considerar lo que de agresión representa para los otros. En esa incapacidad para entender los fundamentos de la situación se incluye el rechazo a admitir diferencias que nos resultan "incómodas" como puede ser la fuerza de las creencias religiosas y, el autor, recuerda que la religión es la más vieja forma de gobierno.

Peters basa los orígenes de la conflictividad en la crisis de valores que se produce cuando una cultura aislada y tradicional, es inundada por imágenes de otra que es mucho más exitosa materialmente pero cuyos valores son antitéticos a aquellos que caracterizan a la sociedad receptora. La frustración es la consecuencia.

En este marco ambiental es donde Peters sitúa el papel de los Estados Unidos, a los que en la actualidad considera un imperio de naturaleza cultural y económica, una situación de influencia con la aplicación ocasional del poder militar y sin ansias de conquista de nuevos territorios, ni del control de poblaciones. El comercio de ámbito mundial, la seguridad y la influencia en el futuro, en el beneficio americano, serían las metas imperiales. "Para tener éxito en este ambiente cosmopolita, debemos ser temidos" (17). Da por sentado que los imperios deben considerarse en guerra cada uno de los días de su existencia y "América debe aceptar el peso de la púrpura aunque lo haya venido encontrando incómodo" (18).

Para Peters esto no significa que los Estados Unidos deban actuar en cada una de las crisis que se produzcan por el planeta. Preconiza que una previa consideración de cómo una situación concreta afecta al interés nacional y de lo que es posible obtener, deben ser los condicionantes que decidan la actuación y conformarán las políticas económica, diplomática y militar. No obstante, en su opinión, el autor señala dos factores que deben tenerse permanentemente en cuenta: una reconsideración de fronteras que posibilite la solución de los conflictos y el apoyo a los derechos humanos, aunque ello no suponga la permanente intervención de las fuerzas estadounidenses allí donde estos sean conculcados. Los derechos humanos deben considerarse un factor moral y práctico en la toma de decisiones diplomáticas, aunque las necesidades de tipo estratégico no permitirán, en todos los casos, poner los derechos humanos como primera consideración (19). De esta manera Peters se adhiere a un "universalismo" relativo, al considerar que el respeto por los derechos humanos forma la base para una política válida y como pauta para desenvolverse en el mundo de los negocios, pero no como la referencia absoluta.

Como resumen de su visión del papel de los Estados Unidos en el futuro, el autor formula las siguientes consideraciones:

- Los Estados Unidos deben aceptar la realidad de su implicación universal. Aunque no se pueda atender a todos los problemas, se debe hacer lo posible por solucionarlos.
- Las Fuerzas Armadas deben de volver a adquirir su tradición expedicionaria para hacer frente a los retos del futuro. Los lastres que

(17) PETERS, RALPH. *"Beyond Terror"*. Stackpole Books. Mechanicsburg. PA USA. Pag. 19.

(18) *Ibíd.* Pág. 19.

(19) *Ibíd.* Pág. 111.

perviven de la Guerra Fría en organización, adquisiciones y políticas de personal deben reconsiderarse.

- Los militares deben capitalizar la alta consideración de que disfrutaban entre el pueblo americano, para captar al personal capacitado que se necesitará para la fuerza del futuro y dar a conocer a una clase política que no ha pertenecido a las Fuerzas Armadas, las verdaderas capacidades de éstas.
- Los Estados Unidos deben estar práctica y psicológicamente preparados para un nuevo siglo que se presenta violento e incierto. El desmoronamiento de los imperios, agravado por los cambios sociales y tecnológicos, plantea, para las generaciones futuras una época de constante conflicto.

WILLIAM S. LIND: LA FORMULACIÓN DE UNA PROFECÍA.

William Lind es director del *Center for Cultural Conservatism* de la *Free Congress Foundation*. Es autor de obras sobre asuntos militares y ha sido profesor en diversos centros como *The Marine Command and Staff College*. Es autor de *La Guerra de Maniobra*, y coautor con Gary Hart de *América puede vencer: la reforma militar*. Junto con William h. Marshner escribió: *Conservadurismo cultural: hacia una nueva agenda*.

En un artículo aparecido en octubre de 1989 en el *Marine Corps Gazette*, titulado *El cambio de rostro de la guerra: entrando en la Cuarta Generación*, Lind, junto con otros autores preconizaban que se estaba produciendo, lo que denominaba, un cambio generacional en la guerra y aquel que fuese capaz de reconocer, cuanto antes, sus rasgos cambiantes y visualizar el nuevo contexto estaría en franca ventaja. La nueva era la tituló la "cuarta generación de la guerra", denominación que ha hecho fortuna y se representa por su anacronismo en inglés 4GW (Fourth Generation Warfare).

El modelo que sirvió de base a Lind lo desarrollaba mediante la conceptualización de periodos históricos, a partir de la introducción de las armas de fuego, en la forma general de conducir la guerra, a los que denomina generaciones de la guerra. La primera la identifica con la aparición del fusil de ánima lisa y las formaciones en línea o columna. La maniobra era muy limitada y se imponían las formaciones en masa y con un férreo control de movimiento para desarrollar un gran volumen de fuego. Los cambios sociales impuestos por la Revolución Francesa, con la introducción del servicio obligatorio, posibilitaron el empleo de masas de hombres.

La segunda generación surge del desarrollo tecnológico con la aparición del fusil rayado de retrocarga, el alambre de espino y los procedimientos de tiro indirecto. Se impuso el fuego y el movimiento, pero las tácticas permanecían esencialmente lineales. Esta época coincidió con la Revolución Industrial, con su secuela de grandes cambios sociales y económicos. Se caracterizó por el empleo en masa de recursos: fuego y hombres. Todo ello requería un mando altamente centralizado. La Primera Guerra Mundial es el ejemplo paradigmático de la generación y marca la aparición del Arte Operacional.

La tercera generación se identifica con el predominio de la maniobra como recurso contra la potencia de fuego. El cambio fue el resultado, principalmente de la puesta en práctica de nuevas ideas tácticas. A finales de la Primera Guerra Mundial, los alemanes, al no poder contrarrestar, ni en hombres ni en material, la masa de los aliados, desarrollaron nuevas tácticas que consistían en evitar el desgaste por medio de la infiltración: atacar puntos débiles del enemigo, evitar los fuertes y practicar la infiltración. Las tácticas dejaron de ser lineales y se emplearon lo que denomina órdenes "tipo misión", que posibilitaban, gran iniciativa a los subordinados. Aunque la tercera generación vio, en el nivel táctico, la luz en la Primera Guerra Mundial, los alemanes la pusieron plenamente en práctica, en el nivel operacional, en la Segunda, mediante profundas penetraciones en los frentes enemigos con elementos acorazados apoyados por aviación.

Para Lind, los "catalizadores" del cambio de generación son la tecnología y las ideas, pero otros autores ponen de manifiesto que los verdaderos motores del cambio son factores sociales, políticos y económicos. Como varios analistas también señalan, elementos de cada generación conviven en la misma época, así las potencias occidentales y la Unión Soviética emplearon, predominantemente, métodos de la segunda generación durante la Segunda Guerra Mundial.

La "cuarta generación", que Lind preconiza que ya estaba en vigor a finales de los ochenta, llevará elementos de las otras generaciones tales como:

- Que es probable que incluya la totalidad de la sociedad enemiga, ya que cada generación ha llevado a la ampliación del campo de batalla.
- Poca dependencia de la logística centralizada, dado que el ritmo de las acciones será alto.

- Gran énfasis en la maniobra, las grandes masas de hombres o concentraciones de fuego constituirán una vulnerabilidad más que un factor de potencia. Fuerzas reducidas y ágiles serán las que se impongan.
- La finalidad será colapsar al enemigo desde dentro, no destruirlo físicamente. El apoyo de la población a la guerra y los “aspectos culturales” de la sociedad enemiga se convertirán en blancos.

Lind resume su visión de la cuarta generación en que será “ampliamente dispersa” y “considerablemente indefinida”; la distinción entre guerra y paz quedará difuminada hasta un punto en que se confundirán; será no lineal, no habrá frentes; la distinción entre “civiles” y “militares” puede desaparecer; las acciones tendrán lugar en toda la profundidad del ámbito espacial de los participantes, incluyendo a la sociedad como entidad cultural, no como factor físico. Elementos clásicos de anteriores generaciones tales como instalaciones militares, grandes puestos de mando, sedes gubernamentales o industriales, se convertirán en elementos extraños debido a su vulnerabilidad.

El contexto de la cuarta generación estará marcado por los avances tecnológicos, donde un pequeño grupo de personas será capaz de producir un gran daño en un corto periodo de tiempo. Esta circunstancia, junto con la conversión en potenciales objetivos, la estructura política del oponente y la sociedad civil, hará que se confundan los niveles estratégicos y tácticos del conflicto. La elección de blancos, con sus secuelas políticas, culturales y mediáticas, adquirirá una importancia capital.

Las operaciones psicológicas, mediante el empleo profuso de los medios de comunicación, pueden convertirse en “el arma estratégica y operacionalmente dominante”. Los contendientes emplearán los medios de información para influir en la opinión pública, hasta el punto que conviertan en ineficaces las operaciones militares.

El autor insiste en que mientras la tecnología fue el primer promotor de la segunda generación y las ideas de la tercera, también es muy probable que la cuarta generación presente una preponderancia de las ideas, incluso en la época de vertiginosos avances tecnológicos en que está inscrita.

En este aspecto, el autor abre la puerta a que, al contrario de los 500 años de las tres primeras generaciones, donde el predominio de las ideas y tecnologías de occidente han sido dominantes, la cuarta generación sea conducida por ámbitos no muy preponderantes en tecnología pero fértiles

en ideas y robustos en determinación, y que no procederán del ámbito occidental.

Uno de estos elementos basados en ideas es el terrorismo, al que el autor considera sólo uno de los elementos de la cuarta generación. En el marco de su análisis identifica en el terrorismo elementos de la tercera generación tales como la descentralización en la ejecución, la dispersión del “campo de batalla”, la entera sociedad como objetivo, la frugalidad de las necesidades logísticas y la aplicación de la potencia de fuego en el punto crítico. El terrorismo empleará la maniobra para tratar de evitar, totalmente, la potencia militar del enemigo y atacar blancos civiles.

El terrorista usará todas las potencialidades que ofrece la sociedad a la que pretende atacar en su favor. Empleará las libertades y derechos democráticos no sólo para actuar con impunidad, sino para defenderse. Si los gobiernos rompen las reglas para combatirlos, la propaganda les otorgará otro tipo de victoria.

Las formas de lo que se conoce como “guerra irregular” o “conflicto de baja intensidad”, han traído como consecuencia la ruptura de la tradicional cultura del “orden” que ha caracterizado el empleo de las fuerzas militares. Las acciones terroristas o irregulares pueden imprimir otro rasgo de cuarta generación: la naturaleza “desordenada” de la guerra. También apuntaba el protagonismo antagonista de entes no-estatales o transnacionales basados en ideología o religión como los posibles adversarios en un futuro de los actuales estados.

Hasta aquí lo que expuso Lind en su ensayo de 1989. Cinco años más tarde, en 1994, en pleno debate sobre la llamada Revolución en los Asuntos Militares, más conocida por su acrónimo inglés RMA, tendencia que preconiza la hegemonía de la tecnología en el futuro de la guerra, el autor publica su segundo ensayo sobre el tema bajo el título de *Cuarta Generación de la Guerra: otro vistazo*. A la luz del primer ensayo, varios analistas venían distinguiendo entre dos “cuartas generaciones”, una basada en la tecnología y otra basada en las ideas. Lind se decanta por las ideas como el “catalizador” de la cuarta generación. Lo hace mediante el análisis de los acontecimientos que se produjeron durante esos años, principalmente Somalia, la Primera Entifada y Bosnia, argumentando que la tecnología no ha sido factor decisivo para el desarrollo y solución del conflicto.

Abunda en los rasgos de la cuarta generación y enuncia las tres ideas centrales que la configuran: la pérdida del monopolio de la fuerza por parte

del estado, el retorno a un mundo de culturas en conflicto y el multiculturalismo en los Estados Unidos.

En cuanto a la primera, apunta a que las motivaciones de los conflictos del futuro no serán las clásicas "razones de estado" como hasta ahora, sino motivos más evanescentes, en un ambiente donde el estado habrá perdido el monopolio de la violencia y, del mismo modo, la lealtad de sus ciudadanos; fenómeno este que se viene produciendo en amplias zonas del planeta.

Se muestra de acuerdo con Van Creveld (20) y reconoce que la naturaleza del conflicto del futuro estará fuera de las pautas impuestas por Clausewitz en cuanto a la "trinidad" histórica de gobierno, ejército y pueblo, o lo que es lo mismo, se volverá a las formas de conflicto anteriores a la implantación del estado-nación, cuando la posibilidad de aplicar la violencia estaba en manos de numerosas entidades y su ejercicio no se atendería a reglas. Lind, al igual que Peters cree que lo posmoderno será lo premoderno.

Para la exposición de su idea de las culturas en conflicto, Lind analiza la historia de este siglo y ve las dos grandes Guerras Mundiales como guerras civiles que han debilitado a la cultura occidental, y que la Guerra Fría siguió esa pauta, pues a Rusia la considera incluida en la cultura judeo-cristiana. De esta manera, opina que de este desgaste se habrían beneficiado las cultura china, hindú e islámica, y que el desmoralizado Occidente les habría proporcionado una posición ventajosa al permitirles combinar la moderna tecnología, desarrollada por los occidentales, con sus tradiciones. En su análisis, Lind identifica al Islam como la más peligrosa de esas culturas, por su extensión en todas las direcciones bien tanto por el resultado de un agresivo proselitismo religioso como por una de las consecuencias del fenómeno de las migraciones. Para cuando publicó su segundo ensayo, ya Huntington había publicado su "*Choque de civilizaciones*" (21).

Su tercer argumento podemos relacionarlo más con la afiliación política del autor que a un desapasionado análisis de la realidad. Lind relaciona este tercer argumento con el anterior, con el conflicto entre culturas, señalando lo que él percibe como el declive de la cultura judeo-cristiana en Estados Unidos y su sustitución, en la universidad, en los medios de

(20) VAN CREVELD, MARTIN. "*The Transformation of War*". The Free Press NY 1991.

(21) HUNTINGTON, SAMUEL. P. "*The Clash of Civilizations*". Foreign Affairs. Verano 1993.

comunicación y en la industria cinematográfica, por unas pautas de “relativismo moral, secularismo militante y liberación social y sexual”. Para el autor este “multiculturalismo”, o la búsqueda de lo que es “políticamente correcto”, es marxismo trasladado del ámbito económico al campo social y cultural.

Termina su ensayo Lind, anunciando que la cuarta generación anuncia el fin de la guerra moderna y que las próximas guerras se librarían en suelo americano.

Las ideas de Lind han sido utilizadas por muchos analistas, pero como ya ha quedado reseñado, lo que verdaderamente ha “prendido” en el lenguaje es la denominación de “cuarta generación” y, como ocurre en muchas ocasiones, la creación de un fenómeno supera a su creador y el concepto se generaliza y enriquece. Hoy en día, Cuarta Generación de la Guerra o 4GW se identifica, principalmente, con aquella situación que incluye cualquier forma de conflicto donde una de las partes rehusa combatir por medios convencionales y que, a su vez, constituye algo diferente a una fuerza militar organizada, no opera bajo el control de un gobierno estatal y, normalmente, tiene carácter transnacional. La situación creada después de los hechos terroristas del 11 de septiembre de 2001 y las posteriores operaciones en Afganistán son un buen ejemplo de ello.

Uno de los analistas que ha profundizado en el tema es Thomas X. Hammes (22). Parte de la premisa de que existe un amplio consenso en que, en los últimos años, el mundo estaba soportando enormes cambios en el plano social, económico y político, y, como resultado, se estaba efectuando la transición desde la era industrial a la de la información, y que cuando se producen este tipo de situaciones, tiene lugar un cambio generacional en la guerra.

Los cambios que Hammes considera esenciales en esta evolución, aparte de los tecnológicos, los concibe de la siguiente manera:

- Políticamente, en la tercera generación las relaciones internacionales habían venido definidas en los términos impuestos por las naciones europeas que eran las que dominaban el mundo, en la cuarta generación los actores de la escena internacional se han multiplicado exponencialmente. Aunque los estados siguen ocupando el papel de actores principales en el protagonismo interna-

(22) HAMMES, THOMAS X.. “*The Evolution of War*”. Marine Corps Gazette Septiembre 1994.

cional, se le han unido las organizaciones multinacionales y una pléyade de diversas organizaciones no gubernamentales que se hacen notar en este concierto. A ello, y con no menos importancia, hay que añadir los actores transnacionales y los subnacionales.

- Socialmente, la interrelación entre individuos y grupos se ha incrementado a niveles difícilmente imaginables con anterioridad, gracias a las posibilidades que aporta la tecnología. La gestión de los asuntos internacionales ya no es privativa de los diplomáticos y militares. El contacto entre gentes de negocios, académicos, investigadores, delincuentes o simples relaciones entre personas privadas, se ha facilitado y han proliferado substancialmente. Todo esto debilita los lazos que unen al ciudadano con el estado.
- Económicamente, se está produciendo el fenómeno de la globalización. El mundo está más estrechamente relacionado pero las desigualdades en la distribución de la riqueza son cada vez más amplias. En esta relación económica tanto los países ricos, como los pobres, han experimentado una reducción de su soberanía, al incidir el fenómeno en la determinación de los aranceles y en el flujo de la información que, anteriormente, habían sido casi monopolio del estado.

Hammes considera como hito básico de cuarta generación, la relación entre conflicto y el empleo de la información utilizando “redes”, con un gran volumen, entre estados y sociedades. La finalidad es distorsionar, dañar o modificar lo que la población, que se toma como objetivo, piensa o cree de sí misma o de su entorno. Pueden utilizarse medidas diplomáticas, campañas psicológicas, subversión cultural y política, interferencias informáticas y acciones para provocar, o promover, movimientos disidentes. En este sentido, la “red” agrupa medidas que ya se habían empleado antes separadamente, pero que al hacerlo de esa forma, amplían el espectro del conflicto aumentando el impacto de las consecuencias económicas, políticas y militares.

Las características y efectos de esta forma de guerra basada en la interconexión de la información los resume en:

- Desorganiza, daña o cambia lo que la sociedad percibe de ella misma y del mundo.
- Toma como blanco la elite o la opinión pública en la que se basa el estado atacado.
- Emplea las redes de información para enviar su mensaje a la audiencia blanco.

Este autor cree que cada elemento de cuarta generación, tal como lo proponen autores como Lind o van Cleverd, pueden encontrarse en la evolución de la insurgencia o conflicto de baja intensidad que se han producido en la segunda mitad del siglo XX. Para demostrarlo, analiza algunos de estos acontecimientos. Del de los comunistas de Mao en su conquista del poder en China, destaca la formación de redes de información para imponer ideas sobre grupos humanos, mediante la conducción de operaciones psicológicas y de propaganda. Mao creía que en la guerra, el poder político es el principal, el más decisivo, incluso, que la potencia militar, aunque no quiere decir que desdeñe a ésta. En esto, precisamente estriba, a juicio del autor, la mayor diferencia con la tercera generación: la derrota del enemigo mediante la acción política. Para ello utilizó la propaganda para cambiar la concepción que, de sí misma, tenía la sociedad china y aumentar su poder económico, político y social, hasta que dispuso del suficiente poder militar, para disputar a los nacionalistas el poder.

De Vietnam, resalta la sagacidad de Ho Chi Minh en identificar como centro de gravedad del conflicto la voluntad política del liderazgo estadounidense y el apoyo popular. Consciente de su inferioridad militar, basó su estrategia en la maniobra política internacional y en una prolongada guerra de guerrillas. Utilizó, lo que fue una derrota militar para los insurgentes, la ofensiva del Tet, para, mediante una campaña internacional de propaganda, establecer que las fuerzas comunistas norvietnamitas y la guerrilla del Vietcong, constituían un problema militar insoluble para los Estados Unidos. Considera el autor que la contribución de Ho Chi Minh a la evolución histórica de la guerra es el cambio de objetivo a conseguir, trasladándolo desde la derrota militar de las fuerzas militares enemigas a la derrota de su voluntad política para mantener el conflicto y, esto último, se consigue fuera del campo de batalla. Una vez obtenido el objetivo, mediante el empleo de otros medios distintos de los militares, utilizó tácticas militares de tercera generación para terminar el conflicto a su favor.

También se identifican elementos de cuarta generación en el derrocamiento del régimen de Somoza, en Nicaragua, por el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Los sandinistas, descartaron la victoria militar sobre Somoza como procedimiento para su derrocamiento, en cambio, establecieron dos "frentes". El primero consistía en un frente político internacional, mediante el establecimiento de contactos con grupos religiosos, académicos y pacifistas de los Estados Unidos, teniendo como finalidad el presentar el conflicto como la pugna entre un grupo democrático ante un régimen despótico como el de Somoza.

En el segundo frente, el de la política interior, los sandinistas controlaban, encubiertamente, una coalición de grupos políticos y sociales que, prácticamente, incluían a la mayoría de los nicaragüenses. Se ganaron el apoyo de la prensa, familias influyentes y la iglesia católica, mediante el apoyo a la tendencia denominada Teología de la Liberación. El resultado de todas estas acciones interrelacionadas fue el aislamiento de Somoza, que optó por abandonar el país, aunque aún mantenía su poder militar. Los sandinistas demostraron que mediante la acción en el nivel político se podía derrocar a un gobierno débil, ineficiente e impopular.

Pero el autor expone otro ejemplo en que, mediante el empleo de rasgos de cuarta generación, se derrotó a un gobierno democrático y de probada eficiencia: la "intifada" palestina de 1987. El levantamiento popular contra las fuerzas israelíes se propagó en pocos días por todos los territorios ocupados. El liderazgo del movimiento estaba perfectamente diseñado para aprovecharse de las "ventajas" que brinda la cuarta generación. Se articuló en tres niveles, el primero a nivel de barrio en las localidades que se dedicaba a gestionar problemas, digamos, logísticos: alimentos y cuidados sanitarios. Estos aspectos jugaron un importante papel en el mantenimiento de la moral y eficacia del levantamiento. Se emplearon organizaciones de tipo humanitario para mantener el control de la población.

El segundo nivel, denominado Mando Unificado Nacional del Levantamiento, conocido por sus siglas en inglés UNCU, agrupaba a los representantes de los cuatro principales grupos nacionalistas, excluyendo a los extremistas, y aportaba la dirección general y la coordinación de los comités de barrio. El tercer nivel, constituido por académicos, periodistas, y líderes políticos, empleó sus contactos con los líderes políticos y periodísticos en Estados Unidos e Israel para explicar, de una forma razonable y moderada, la postura palestina y presentar una loable preocupación por la paz y la justicia en Oriente Medio, algo que contrarrestaba la acción de los incidentes violentos. Su condición de personalidades públicas relevantes, les ponía a salvo de la acción de las autoridades israelíes.

La estrategia del movimiento quedó determinada por el empleo de medios políticos económicos, sociales y de comunicación. La violencia se vería limitada por el no empleo de armas de fuego y por la máxima exposición a los medios de comunicación social. El "campo de batalla" estaría dividido en una zona "caliente", los territorios ocupados, y otra "segura", la israelí. Se buscaba la victoria política, no la militar.

El mensaje que trataban de mandar era doble, internacionalmente se presentaría el problema insoluble que constituía el enfrentamiento entre los adolescentes palestinos armados con piedras y el bien equipado y eficaz ejército israelí. Internamente se buscaba constatar el hecho de que los israelíes podían estar seguros en su tierra pero no en los territorios ocupados. Esto último tenía como objetivo promover en el electorado judío el deseo de una solución política. Para ello, y para no crear rechazo, descartaron los atentados terroristas.

Económicamente para Israel, las prohibiciones judías al trabajo de la población árabe en territorio israelí, y la falta de comercio con los territorios ocupados, supusieron pérdidas cercanas a los 650 millones de dólares, a la vez que el estado dejaba de recaudar impuestos y tasas de los territorios ocupados.

Socialmente, el liderazgo palestino utilizó las prohibiciones israelíes al libre tráfico como una razón para enfatizar en su autoestima y cohesión frente a una amenaza común. A medida que la entifada proseguía, se ponía de manifiesto cómo los israelíes optaban claramente por la defensiva y que la acción palestina se iba convirtiendo en un motivo de orgullo para todos los árabes.

El papel de los medios de comunicación fue decisivo. Las imágenes de los adolescentes palestinos arrojando piedras a los soldados israelíes, que les contestaban con disparos, proyectaron una imagen de Israel diferente a la que se tenía hasta entonces, ya no era la pequeña nación cercada por enemigos, sino un perverso estado opresor. A su vez lograron transmitir a la población israelí el alto coste, en todos los aspectos, que suponía la ocupación de los territorios. Esta percepción fue decisiva para producir el cambio político en Israel lo que llevó a las negociaciones de 1993 para la concesión de la autonomía palestina.

Estos casos históricos pueden servir como hitos en el desarrollo de la cuarta generación, de los que, dando la razón a Lind en cuanto a la preponderancia de las ideas, podrían extraerse las siguientes consecuencias:

- En el ámbito estratégico, se intenta cambiar directamente la mente del liderazgo político, no por la aplicación directa de la fuerza militar, sino que, mediante el adecuado empleo de los medios de información, articular mensajes que creen opinión pública que les obligue al cambio.
- Tácticamente, los enfrentamientos tendrán lugar, preponderantemente, en el ámbito del conflicto de baja intensidad. Incluirá ele-

mentos de anteriores generaciones y una mezcla de actores estatales, internacionales, transnacionales y subnacionales. Será de ámbito mundial.

KAPLAN O LA VUELTA AL REALISMO ESTRATÉGICO

Robert D. Kaplan, además de periodista, es un viajero incansable, corresponsal de la revista *The Atlantic Monthly*, es autor de numerosos libros sobre las experiencias de sus viajes y el análisis de las culturas de los pueblos. Entre sus obras podemos citar *Los fantasmas de los Balcanes*, *Los confines de la Tierra* y *Hacia oriente a Tartaria*. Testigo directo de la realidad social que se despliega ante sus ojos, alcanzó notable éxito con la publicación de su ensayo *La anarquía que viene*, que ha llegado a ser una referencia de análisis del futuro. Es miembro de la *New American Foundation*.

Kaplan, en su libro *Warrior Politics, why leadership demands a Pagan Ethos* (23), preconiza las pautas de política exterior que deben practicarse en este convulso comienzo del siglo XXI. La mayor crítica que se ha efectuado al ensayo de Kaplan es su pesimismo y el superficial apoyo intelectual en que basa las contribuciones que, para apoyar su teoría, extrae de grandes maestros de la antigüedad. El se defiende de cualquier determinismo historicista aseverando que “me fijo en el lado oscuro de cada acontecimiento no porque el futuro tenga que ser necesariamente malo, sino porque es así como siempre se han producido las crisis en política exterior” para, a continuación, exponer que su ensayo no trata sobre “que pensar” sino “como pensar” en política exterior y aboga definitivamente por el realismo, al asegurar que la historia nos enseña que los políticos experimentados, lejos de dejarse influir por los sentimientos, se basaron en la “necesidad y en el interés propio” para alcanzar el éxito.

En líneas generales, Kaplan muestra un acuerdo básico con Peters y Lind: “no existe un mundo moderno”, estamos asistiendo a una vuelta a la antigüedad. A su vez, como ya expuso en *La anarquía que viene*, muestra su coincidencia con el análisis de las dinámicas sociales y ambientales que expusieron aquellos, llegando a pronosticar que el siglo XX fue el últi-

(23) KAPLAN, ROBERT D. “*Warrior Politics: why leadership demands a Pagan Ethos*” Random House, New York. Editado en español por Ediciones B.S.A. con el nombre de “*El retorno de la antigüedad. La política de los guerreros*”.

mo en la historia en que la humanidad era mayoritariamente rural, para pasar a ser urbana, aventurándose a pronosticar el renacimiento de las ciudades como actores políticos, “en el nuevo siglo, vastas metrópolis, con sus tierras adyacentes y poblaciones leales, eclipsarán a las naciones en importancia política”.

Resalta el autor el hecho de que mientras la Revolución Industrial fue de naturaleza cuantitativa, lo que contribuyó a proporcionar poder a los gobernantes, la Era Posindustrial, con su esencia cualitativa, proporciona poder directamente al individuo, al poner a su disposición una serie de capacidades que le permiten la producción de efectos que, en otra época eran privativos de los estados. Entre ellos el ejercicio de la violencia a gran escala.

Comparte con Peters la opinión de que las sociedades que queden atrasadas tecnológicamente serán vivero de “guerreros”, denominación que, al igual que aquel, emplea para referirse al combatiente distinto del soldado moderno. Esta situación de conflicto se convertirá en crónica y abarcará un ámbito territorial más bien minoritario, cambiando de situación geográfica, y produciendo constantes crisis regionales que serán los problemas más comunes a los que habrá que enfrentarse. Admite que conflicto y comunidad son consustanciales a la naturaleza humana y para alcanzar el éxito, en el tratamiento de los conflictos, hay que huir de tópicos como el de la “aldea global” y evitar las recetas desgajadas de la realidad, que la historia se ha encargado una y otra vez en demostrar que, en la mayoría de las ocasiones, no existen.

Kaplan asigna a la política exterior las mismas características de incertidumbre y complejidad que la guerra. La actuación de los políticos en las crisis internacionales debe, a juicio del autor, guiarse por la necesidad y el interés, no por la compasión, en una situación que, al desatar acontecimientos repentinos y violentos, y contar con una información incompleta, hará necesario el empleo de grandes dosis de intuición, apoyada en un amplio conocimiento de los antecedentes históricos. Predice que, a medida que las crisis vayan llegando, los políticos se darán cuenta de que “el mundo no es ni moderno ni posmoderno, sino una continuación del antiguo” y, por lo tanto, las enseñanzas de los filósofos de la antigüedad, nos sirven para comprender lo que se despliega ante nuestros ojos.

Con estas premisas, Kaplan, extrae de la obra y hechos de personalidades históricas, elementos para apoyar sus afirmaciones. De Winston Churchill, con quien comparte la opinión de John Keegan de ser una de las

figuras históricas del segundo milenio, pone de manifiesto su sentido histórico, capaz de enmarcar los acontecimientos en un contexto realista, enjuiciarlos desde una escala de prioridades morales, empleando elementos geográficos y culturales. Resume su sentido estratégico en el escepticismo, la acción militar y la justifica siempre y cuando “merezca la pena moral y estratégicamente, que esté dentro de las posibilidades de su país y que no se engañe en cuanto a las dificultades: el clima, las enormes distancias, las facciones guerreras locales y el subdesarrollo general de la región” (24). Como puede apreciarse, guarda una gran analogía con la realidad de los últimos conflictos que han hecho intervenir militarmente al mundo occidental de la mano de Estados Unidos.

Del romano Tito Livio, y tomando como base su obra *Aníbal contra Roma*, deduce la influencia que las acciones individuales y las pautas morales han tenido sobre el desarrollo de los acontecimientos históricos. A su vez pone de manifiesto que, en épocas de prosperidad, es incómodo, hoy se hablaría de políticamente incorrecto, prestar atención a los augurios de peligros. En su obra, el romano pone de manifiesto la importancia del patriotismo: “el orgullo por el propio país, sus estandartes e insignias del pasado”. Aludiendo de esta manera a una de las principales potencialidades de las entidades políticas, puestas en duda recientemente. Establece un paralelismo, sólo válido desde la perspectiva que aportan los siglos, entre las Guerras Púnicas y las Mundiales del siglo XX, poniendo de manifiesto la contradicción entre las limitaciones de las democracias y su fuerza para liderar coaliciones.

Kaplan cree ver en los escritos de Livio el mensaje que “la energía necesaria para enfrentarnos a nuestros adversarios debe emanar en el fondo del orgullo por nuestro pasado y nuestros logros”. En este sentido, nos previene que el futuro es impredecible y que, por lo tanto, “los triunfos sobre los fascismos y el comunismo” pueden inspirar a futuras generaciones para alterar el curso de los acontecimientos.

El autor se apoya en el personaje chino Sun Zu para afirmar el valor que la experiencia histórica tiene para la creación de un “criterio instintivo” para el desarrollo de la política exterior que debe ser la consecución de los fines políticos sin el recurso a las campañas militares, ya que el comienzo de las operaciones de guerra significa la admisión del fracaso político. En este sen-

(24) Ibid.

tido, el autor chino advierte que el mejor modo de evitar la guerra es pensar y actuar estratégicamente, o dicho de otra manera, en la búsqueda del interés propio. Este proceso no tiene que ser necesariamente “frío e inmoral”, sino la acción ética del que, conociendo las calamidades de la guerra, intenta evitarlas. Como ya lo había referido con Livio, Kaplan resalta que Sun Zu previene al líder contra la opinión pública, “por, cuanto la virtud puede ser lo contrario de la fama y la popularidad”. También resalta la utilidad del engaño y del espionaje, siempre y cuando se empleen para evitar males mayores. Estos aspectos pueden ayudar a interpretar lo que Kaplan quiere decir al preconizar que la política exterior debe basarse en una ética pagana.

Tucídides, también es puesto por Kaplan como ejemplo de pragmatismo político. El autor ve en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* la “obra más emblemática de las relaciones internacionales de todos los tiempos”. Contrasta la persistencia de Tucídides en la preservación del poder y del interés propio, como motor de los hechos históricos relevantes, lo que se enfrenta frontalmente con cualquier doctrina historicista o fatalista. Del relato de la guerra entre Atenas y Esparta, se deduce que las complejidades de las relaciones internacionales se han mantenido con el tiempo, y que los poderosos son reacios a identificar y tener en cuenta “las frías fuerzas de la naturaleza humana que yacen justo bajo el barniz de la civilización, amenazando su buena suerte”.

Kaplan utiliza a Tucídides, Sun Zu y a autores más cercanos en el tiempo como Raymon Aron u Ortega y Gasset para presentar el fenómeno de la guerra en su dimensión de hecho social, no como una “aberración”, consecuencia de la división de la humanidad en entidades políticas. Este argumento le sirve para criticar al idealismo y, parafraseando a Aron, afirmar que esta crítica no sólo es pragmática, sino también moral, “porque la diplomacia idealista incurre demasiado a menudo en el fanatismo”. En este punto Kaplan toma partido contra las doctrinas universalistas en política exterior, al contemplarlas como una opción válida para incurrir en trágicos errores.

De Maquiavelo extrae su valoración de la virtud, como sinónimo de “valor” y “energía”, para alcanzar el bien general. Esta virtud tiene un valor práctico en tanto en cuanto consiga el éxito, así aprueba el engaño siempre y cuando sea necesario para el bien de la *polis*. Destaca la afirmación del italiano de que los valores, buenos o malos, son ineficaces sin armas que los respalden, “en consecuencia, para los políticos, proyectar el poder es lo primero; los valores son secundarios”. La virtud es lo contrario de la rectitud. La virtud maquiavélica puede formar parte de una moral, como el autor pone

de manifiesto recurriendo a Isaías Berlin, distinta a la cristiana, lo que plantea “la posibilidad de varios sistemas de valores justos pero de coexistencia incompatible. Siguiendo este esquema, el ideal de Maquiavelo es “la patria bien gobernada”, lo contrario de la libertad individual. Para el florentino la buena política es la que tiene éxito y a ello debe subordinarse la acción.

Kaplan, resume la gran enseñanza de los autores que acabamos de reseñar en: “la característica definitoria del realismo es que las relaciones internacionales son dirigidas por principios morales distintos a los que rigen la política interior”. El corolario de ello es que “la moralidad privada no es un criterio válido para juzgar la conducta de los estados ni para comparar un estado con otro”. Citando a George Kennan, el autor apostilla: “Hay que dejar predominar otros criterios más tristes, más limitativos, más prácticos”. Citando a Arthur Schlesinger, afirma que en política exterior, no se trata de proclamar absolutos morales, sino de ser fieles al sentido de la propia decencia y respetando los valores, tradiciones e intereses legítimos de otras naciones o estados. Esto contradice a un universalismo basado exclusivamente en los derechos humanos.

En este sentido, el autor preconiza como pauta para la intervención militar americana, la existencia de una situación en que un interés estratégico irrenunciable se cruce con un interés moral, y pone como ejemplos hechos como el de Manchuria en los años treinta o el más reciente de Bosnia. En todos los demás casos, para decidir la intervención habrá que sopesar un cúmulo de circunstancias tales como: la geografía, las pautas históricas, las posibilidades de actuación, el apoyo de los aliados, etc.

Al decidir donde intervenir, los políticos deben sopesar las referencias morales de vocación universalista con la existencia de posturas irreconciliables que llevan al conflicto. Para ello, deberán tener presente que mientras la referencia a la virtud es positiva, un exceso de puritanismo puede ser peligroso.

Kaplan pone de manifiesto otro aspecto importante al que nos aboca la naturaleza de los conflictos del futuro: la desaparición de la distinción entre las estructuras civiles y militares en la toma de decisiones, algo que se ha venido manteniendo desde el siglo XIX. La perpetración de atrocidades y la naturaleza y “modus operandi” de los agentes que las cometen hacen necesario la toma de decisiones rápidas, que en el caso de los Estados Unidos, no permitirá, en la mayoría de los casos la consulta al pueblo o al Congreso y las decisiones se tomarán “autocráticamente por grupos reducidos de civiles y oficiales, y la diferencia entre ellos se des-

vanecerá con el tiempo. Actualmente, la diferencia de conocimiento entre generales que actúan como políticos y de especialistas civiles en materia de defensa es, a menudo, insignificante" (25). Se contempla una vuelta a los liderazgos unificados del mundo antiguo y de los primeros tiempos de la antigüedad, algo que Sócrates y Maquiavelo identificaron como una verdad fundamental de todos los sistemas políticos (26).

Kaplan determina la "antigüedad" de las guerras o conflictos del futuro por tres rasgos: el carácter del enemigo, los métodos empleados en contenerlo y la identidad de los que tocan los "tambores de guerra".

En cuanto al primero, trae a colación la figura del guerrero tal como la describe Peters. Unos individuos crueles y con capacidad de acceso al armamento más moderno y que practicarán acciones de "cuarta generación". Abundando en un aspecto anteriormente expuesto, preconiza que las respuestas de los Estados Unidos a estos ataques son inconcebibles sin el factor sorpresa lo que deja sin sentido la consulta democrática. "La guerra está sujeta sólo al control democrático cuando es una condición claramente separada de la paz". Pero en una situación prolongada de cuasi-conflicto con acciones esporádicas en las que la reacción inmediata es esencial, deja "fuera de juego" a la opinión pública. En un bando se encontrarán los "guerreros" y en otros "una aristocracia de estadistas, cargos militares y tecnócratas" (27).

Para identificar a los que "tocan los tambores de guerra", Kaplan se vuelve hacia los medios de comunicación y a ámbitos intelectuales, afirmando que los líderes políticos occidentales hubiesen evitado todas las intervenciones no basadas en motivaciones estratégicas, si no hubiesen cedido a la presión de esos grupos. La causa la concreta en que los medios de comunicación más influyentes están dirigidos por personas de carácter cosmopolita que se identifican más con los principios morales de ámbito universal que con los intereses nacionales de un estado en concreto. Con ello, el lenguaje de los derechos humanos, en manos de los medios de comunicación, se convierte en un arma poderosa que puede implicar a Estados Unidos en una guerra.

Kaplan pone de manifiesto que los medios de comunicación y determinados ámbitos intelectuales se comportan como castas profesionales

(25) *Ibíd.* Pág. 179.

(26) *Ibíd.* Pág. 178.

(27) *Ibíd.* Pág. 183.

que, a falta de una opinión pública capaz de contrarrestarlos, influyen de manera sustancial en los responsables políticos. “Los argumentos en materia de derechos humanos promovidos hasta la saciedad por la prensa, tienen un aire claramente inquisitorial” (28).

En este siglo el realismo es apropiado para un mundo en que no existe un Leviatán global, ya que aunque los Estados Unidos constituyen una verdadera superpotencia, no tienen la capacidad necesaria para castigar cada una de las injusticias que se produzcan en el mundo, sin correr el peligro de debilitarse peligrosamente.

En el contexto de la política global, Kaplan distingue las teorías que se han propuesto después de la Guerra Fría, entre las “optimistas” que preconizan que las elites sensatas y prósperas conducirán al mundo hacia un horizonte de democracia, prosperidad y al imperio de los derechos humanos. Las “pesimistas” contemplan democracias deficientes, choques culturales y anarquía, poniendo el énfasis en la incapacidad de las elites para controlar un conjunto de diversos autores irracionales y frustrados por el subdesarrollo (29). El autor estima que todas estas teorías ayudan a interpretar una realidad compleja como es la que surgió de la Guerra Fría y que ha dibujado un mapa en el que existen estados que se han incorporado al modelo de democracia liberal, otros, sobre todo los países en vías de desarrollo adoptan modelos de democracias imperfectas y, en otras partes, concretamente Oriente Próximo, el África Subsahariana y el Sur de Asia, los conflictos violentos conforman los acontecimientos. Todo ello en un escenario en donde la globalización triunfa a pesar de los ataques populistas violentos provenientes de zonas en desarrollo.

En esta situación, producto por una parte, de la desigualdad económica, resultante de la extensión de la globalización y de la consiguiente presión que produce la anarquía resultante en las elites globales, se traduce en un afán de fortalecimiento de las instituciones internacionales. Se conforma de esta forma una “autoridad mundial” pero no un “gobierno mundial”, con lo que surge el advenimiento de un Leviatán internacional frágil, aunque el autor pone de relieve que nada parecido existió en el pasado.

A causa de la pérdida de hegemonía de los estados, el ascenso en poder de las grandes ciudades y la influencia de los entes no estatales se impone, a juicio del autor, “un feudalismo benigno”. Un mundo que le

(28) *Ibid.* Pág. 189.

(29) *Ibid.* Pág. 202.

recuerda al antiguo imperio persa. La integración política, que se puede estar produciendo a nivel mundial, recuerda a Kaplan los procesos históricos que en la antigüedad soportaron Sumer, Grecia, India y China, que requirieron como elemento integrador una base cultural común. En la actualidad se está gestando una “cultura cosmopolita singular” propia de la clase media alta que, a medida que, como modo de vida se trasmite y extiende, trascenderá a los estados y posibilitará, hipotéticamente, la instauración, a escala planetaria, de un sistema político común.

Por ello considera que la aparición de algún tipo de autoridad global es inevitable, a no ser que se produzca un cataclismo entre grandes potencias como un enfrentamiento entre China y Estados Unidos. Las organizaciones internacionales de seguridad aumentarán su influencia. No obstante, se refiere a Carr para señalar que “históricamente, todos los enfoques del pasado de una sociedad mundial han sido el producto del dominio de una sola potencia”. En la actualidad, parece que las cosas no han cambiado, la globalización es la difusión “del modo de hacer las cosas” al estilo americano con ligeras adaptaciones a la cultura en que se aplica..

En este momento el autor estima que un siglo de “esperanzas utópicas” ha propiciado la vuelta al imperialismo, esa forma histórica de gobierno que permite integrar y proteger diversos entes nacionales y étnicos. La actuación exterior de los Estados Unidos, en los últimos años, se puede identificar como neoimperialista. Al igual que Peters este imperio lo concibe Kaplan como algo no declarado, débil y flexible; una hegemonía americana “blanda”. Para que este poder americano dure, debe de poseer un “nivel de altruismo” más primitivo que el que caracterizaría a la sociedad universal que pretende fomentar y liderar. El patriotismo americano debe perdurar lo necesario para proporcionar el armazón militar emergente a esa nueva civilización que, paradójicamente, tenderá a considerar obsoleto ese patriotismo.

EPÍLOGO

A comienzo del siglo XXI se está configurando un “nuevo orden” cuyo contorno permanece difuso porque las dinámicas que lo configuran, aún no han sido plenamente identificadas. Muchos analistas y estudiosos se afanan en descifrar sus rasgos fundamentales.

Los autores, cuya línea de pensamiento se ha esbozado en este trabajo, coinciden en que, para inferir lo que viene, hay que saber cómo el hombre se ha comportado a lo largo de la historia. Lo que se conoce como

modernidad sería la actuación del “hombre eterno” con una mayor capacidad tecnológica y que, una vez pasada la época de la preponderancia indiscutida del estado-nación y de la primacía de la ideologías como factor desencadenante de la confrontación para el conflicto, se volverá a una época que se parecerá más a algunos de los modelos que ya existieron en el pasado, que a desarrollos sociopolíticos inéditos, por novedosos.

No hay nada de improbable en que, en los comienzos del siglo XXI, se materialice la sensación, que transmite una parte importante de los analistas políticos y estratégicos americanos, de que los Estados Unidos se convertirán en la cabeza de un imperio, que ellos mismos califican de “blando”, sea uno de los escenarios probables de futuro. La preponderancia económica y cultural americana, junto con su indiscutible superioridad militar, parece que avalan esta opinión y que los Estados Unidos liderarán un ámbito de países “pos-modernos”.

Puede que los futuros enfrentamientos tengan como causa el desencuentro entre las sociedades pre y posmodernas. También es muy posible que la forma en que se produzcan esos enfrentamientos y los rasgos que caractericen dichas sociedades se parezcan a los que ya han quedado expuestos en el trabajo que, en el fondo, constituirán dos maneras diferentes de afrontar la vida. El declive del estado tradicional, junto con la reaparición, en un mundo globalizado, de formas políticas de convivencia, utilizadas ya en otros tiempos, puede que avalen la afirmación de Peters, Lind y Kaplan de que lo moderno, lo que está por venir, es lo antiguo. Eso será así porque el hombre no es ni moderno ni antiguo, es humano.